

» duda de la rectitud de los deseos del Libertador, previene
 » que la división colombiana no sea comprometida en ningún
 » caso sin probabilidad de buen suceso, y en caso de revés
 » ó de no creer que deba comprometerse, se repliegue al
 » territorio de Colombia » (6). Al recibir la contestación
 retardada, el Libertador ofendido, reiteró sus órdenes á fin
 de que la división prestada no « se comprometiese en ningún
 » caso sin la más absoluta probabilidad de buen suceso, y
 » salvarla á todo trance, avisándolo así al gobierno del
 » Perú » (7). Esto, y negar todo concurso, era todo uno. La
 actitud del jefe de la división de Colombia, — el general
 Juan Paz del Castillo, — era, en consonancia de estas ins-
 trucciones, más bien la de un neutral hostil que la de un
 auxiliar, y la arrogancia de sus tropas irritaba la susceptibi-
 lidad peruana.

El congreso, se hizo el órgano de todas estas desconfian-
 zas y susceptibilidades, á que dió la importancia de una
 cuestión nacional, y las convirtió en ley. « ¿Hasta cuando,
 » exclamó un diputado, existirá el Perú bajo la tutela de
 » sus tropas auxiliares? ¿Hasta cuando carecerá de una
 » fuerza propia? ¿Por qué han de ser enrolados los perua-
 » nos para llenar el déficit de las tropas auxiliares? » Otro
 diputado decía : « El Perú necesita levantar una fuerza
 » armada, capaz por sí sola de destruir las legiones enemi-
 » gas que ocupan parte de su suelo; necesita un ejército
 » suyo en todo sentido para asegurar su independencia
 » política » (8). En armonía con estas inspiraciones, se

(6) Instrucciones de Bolívar al jefe de la división colombiana en el Perú, de 15 de noviembre de 1822. (O'Leary : « Memorias », t. XIX, pág. 397.)

(7) Ofi. de Bolívar al jefe de la división colombiana en el Perú, de 9 de enero de 1822. (O'Leary : « Memorias », t. XIX, pág. 430.)

(8) Sesiones secretas del Congreso del Perú, de 6 y 7 de noviembre de 1822, apud. Paz Soldán, cat. M. S. 440.

dispuso que todas las vacantes civiles se proveyeran de pre-
 ferencia con peruanos, y las del ejército y marina con sólo
 oficiales peruanos (17 de noviembre de 1822). Esta ley fué
 votada con grandes aplausos. En seguida, dictó el congreso las
 bases de la constitución política, haciendo por la primera vez
 su confesión republicana. Dió á la nación la denominación
 de « República Peruana », sobre la base fundamental de
 que la soberanía residía esencialmente en el pueblo y que su
 gobierno sería popular representativo, sin que el poder
 ejecutivo pudiese ser nunca vitalicio ni hereditario (16 de
 diciembre de 1822). Esta cláusula iba contra la presidencia
 vitalicia de Bolívar, que rechazada en Colombia, era una
 amenaza para la América.

Esta era la situación moral, política y militar del Perú á
 los tres meses de la separación del ex-Protector, en vísperas
 de abrirse la campaña por él preparada.

II

El plan de campaña de San Martín — último destello de su
 genio militar al apagarse, — bien que complicado en su de-
 sarrollo, reposaba sobre ideas muy sencillas, aun cuando
 adoleciese del defecto capital de no ser decisivo. Dada la
 extensión de la línea española desde Pasco hasta Potosí á lo
 largo de la cordillera central, y dueños los independientes
 del punto de ataque por agua ó por tierra, — circunstancia
 que equilibraba las fuerzas en acción, — la solución del pro-
 blema consistía en atacar el punto más débil, y batir en de-
 talle sus divisiones fraccionadas dentro de esta zona, antes
 de que pudiesen operar su reconcentración. Al efecto, un
 cuerpo de ejército, debía amagar seriamente la derecha ene-
 miga para impedir que reforzase su centro, y hacer una po-

derosa diversión por su izquierda mientras el cuerpo principal cortaba la línea de operaciones de los realistas, interceptando sus comunicaciones. En ejecución de este plan, el ejército del sud, mandado por Alvarado, debía desembarcar en puertos intermedios, reforzarse allí con una división chilena, que le llevaría los caballos necesarios, y penetrar al interior del país como una cuña. Su objetivo inmediato, era Arequipa y el Cuzco, y su objetivo ulterior el Alto Perú, contando con la cooperación del guerrillero Lanza, y una diversión que se verificaría al mismo tiempo desde el territorio argentino por la frontera de Salta (9). El ejército del centro, al mando de Arenales, debía marchar sobre Jauja, con poder suficiente para neutralizar las fuerzas que ocupasen el valle, ó destruirlas si eran más débiles. En el caso de que el enemigo se replegase para operar su reconcentración más á retaguardia, ocupar sólidamente la sierra del sud y del centro, promover la insurrección en toda la región andina y remontar el ejército invasor, obrando en combinación y simultáneamente ambos ejércitos.

Tal era el plan de campaña trazado por San Martín al retirarse del Perú, y que el gobierno que le sucediera se decidió á poner en ejecución (10). La combinación era relativamente

(9) El comisionado de San Martín para preparar la expedición argentina, que lo era don Antonio Gutiérrez de La Fuente (véase cap. XXV, § VI), en oficio de 28 de noviembre de 1822, escribía al general Alvarado desde Valparaíso, por encargo del mismo San Martín: « Logré reunir » en una entrevista á los Sres. Bustos (gobernador de Córdoba) y Urdininea (gobernador de San Juan), de la cual resultó, según consta por » acta que firmaron, que concurriendo algunos pueblos de las Provin- » cias Unidas, debía marchar precisamente el Sr. Urdininea con 500 » hombres hacia el Perú para fines de diciembre ». M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(10) « Comprometido mi honor á llevar adelante el plan de operaciones preparado por el general San Martín, esperé á que se formase un » gobierno, como se practicó por el congreso... el que dió su aprobación al plan establecido por el Protector, y tuvieron lugar conferen-

buenas, pero contingente; aun en el caso de buen éxito no hería el poder enemigo en el corazón. Si bien cada uno de los dos cuerpos de ejército, podía prometerse ventajas parciales, el éxito de la campaña dependía de la simultaneidad de sus movimientos á fin de impedir la reconcentración del enemigo en un punto de ataque, y aun obrando en combinación en el punto de convergencia, la cuestión tenía que decidirse por una batalla ulterior en otras condiciones.

El grueso del ejército realista, al mando de Canterac, estaba establecido en la sierra del centro, desde Jauja á Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera, en reemplazo del general Ramírez Orozco, que se había retirado á España, dando por perdida la América. El virrey La Serna tenía su cuartel general en el Cuzco, con una reserva lejana en Puno. El ejército de Olañeta se hallaba en Potosí, y la división de Valdés, estaba á la sazón ocupada en pacificar el norte del Alto Perú, conmovido por el guerrillero Lanza. Por consecuencia, el ataque simultáneo por el sud y el centro, obligaba al ejército realista en la sierra del centro á cubrir su izquierda y proteger su retaguardia, y en caso de no hacerlo así, perder sus comunicaciones y quedar aislado en el valle de Jauja, contra dos ejércitos uno sobre su frente y otro sobre su único flanco de retirada.

» cias repetidas con el general Arenales y conmigo ». — « Mem. hist. biog. » del general Alvarado (Arch. San Martín, vol. LXXII) M. S. — El general Alvarado, en su citada « Mem. hist. biog. », da otra versión y variante del plan de San Martín: « El Protector reunía un convoy de » buques de transporte en el puerto del Callao, dotados de abundantes » víveres, municiones y demás útiles de guerra, como para operar largo » tiempo á larga distancia de la capital. Conocidos por el público estos » aprestos, me hizo saber el general su proyecto de operar al sud para » llamar allí la fuerza del general Canterac, situado en la sierra (de » Jauja y Huancayo), y poder ocupar con menos resistencia esas provin- » cias, por otra fuerza, debiendo yo mandar la expedición del sud y el » general Arenales la de la sierra ». M. S.

El núcleo sólido del ejército del sud, que debía operar por puertos intermedios, lo componían los cuerpos veteranos vencedores de Chacabuco y Maipu: — El regimiento Río de la Plata (11), el batallón núm. 11 y los Granaderos á caballo de los Andes; los batallones núm. 2.º, 4.º y 5.º de Chile, y el batallón núm. 1.º de la Legión Peruana, en todo 4,490 hombres (12), de los cuales 1,900 soldados argentinos, 1,200 chilenos, y el resto peruanos, con una dotación de 10 piezas de montaña (13). Embarcada la expedición en el Callao, en los transportes que había dejado preparados San Martín, demoróse su salida (fines de setiembre de 1822). El general dirigió con este motivo una especie de intimación al gobierno: « El » ejército de los Andes y el de Chile, están resueltos á expe- » dicionar. Convencidos de lo ventajoso y necesario de esta

(11) El « Regimiento Río de la Plata », se componía de los batallones núm. 1, 7 y 8 de los Andes refundidos en dos batallones al mando del coronel Correa (argentino).

(12) De éstos quedaron en tierra 536 hombres por enfermos, al tiempo de embarcarse la expedición, según estado cit. por Paz Soldán. (Cat. M. S. núm. 441.)

(13) Tomamos este dato por lo que respecta á la proporción de los soldados argentinos, de un estado de fuerza de 30 de junio de 1822, cuyo detalle es el siguiente: Artilleros, 84; Regimiento Río de la Plata, 928; batallón núm. 11, plazas 382, y Regimiento Granaderos á caballo de los Andes, 467, más 50 oficiales, que suman 1,911 argentinos. M. S. (Arch.: San Martín, vol. LI). — Según Miller, « Memorias », t. II, pág. 3, la proporción de la fuerza argentina al tiempo de la expedición era algo mayor, á saber: Río de la Plata, 1,400, núm. once, 350, y Granaderos á caballo, 509, ó sea un total de 1,959 hombres, sin contar la artillería y un escuadrón de Granaderos que se incorporó después. Según el mismo Miller, el total de la fuerza chilena ascendía á 1,200 hombres, y la peruana (que iba bajo sus inmediatas órdenes), á 700. — Paz Soldán, en su « Hist. del Perú Indep. » (2.º período), pág. 21, se limita á decir, que la « expedición constaba de 3,953 hombres de todas armas » embarcados, descontando 536 enfermos, pero sin detallar cuerpos ni nacionalidades, que sin embargo designa luego en el curso de su narración. — Algunos escritores americanos aseveran que la dotación del ejército independiente era de 20 piezas de artillería; pero los españoles que se apoderaron de ellas, sólo hablan de 10 piezas.

» marcha, desde el jefe hasta el último soldado no aspiran » sino á marchar y buscar al enemigo por el sud. Yo aseguro, » ro, que si se le trastorna su salida, si se varía de plan, un » descontento general va á tomar el lugar del entusiasmo; » la desmoralización será el primer resultado, y un desorden » total será el término. El ejército expedicionario se pierde » si no se le deja marchar. Lo aseguro una y otra vez, y su » pérdida va á ser el último golpe. Antes que suceda esta » catástrofe, y si es que se resuelve no mandar ó demorar » siquiera la expedición, hago renuncia de mi cargo de ge- » neral en jefe del ejército expedicionario » (14).

El general Alvarado, antes de embarcarse, llamó al jefe de la división colombiana, Juan Paz del Castillo, — el mismo, que como se ha dicho, había servido en el ejército de los Andes, — y le manifestó, que reunidos en las fuerzas bajo sus órdenes los pabellones del Perú, Chile y la República Argentina, le sería grato llevar por lo menos un cuerpo que uniese á ellas la bandera de Colombia. Paz del Castillo contestó que no estaba autorizado para ello. Alvarado le exhibió entonces una carta del Libertador, en que le recomendaba la división y la ponía en cierto modo bajo sus órdenes. El jefe colombiano se negó absolutamente á cooperar á la empresa de puertos intermedios.

Bajo estos desfavorables auspicios zarpó la expedición del puerto del Callao en la primera quincena de octubre (1.º á 15 de octubre de 1822). Retrasada en su viaje por las calmas de la estación y algunos accidentes de los transportes, tardó cincuenta y siete días en avistar los puertos intermedios del sud. Aun era tiempo obrando con actividad; pero por otras

(14) Ofi. del general Alvarado al gobierno del Perú, de setiembre de 1822, M. S. (Papeles del general Alvarado en el archivo del Dr. A. J. Carranza.)

causas, la campaña se abrió tardíamente, bajo auspicios más desfavorables, sin plan fijo y sin resolución. Todo auguraba una catástrofe.

III

El general Alvarado se dirigió con el primer convoy de la expedición al puerto de Iquique, al sud de Arica, que comunica con los valles de Tarapacá, Azapa y Lluta, y también con Tacna y el Alto Perú. Allí echó á tierra el batallón núm. 2 de Chile que se hallaba muy bajo (160 plazas) con el objeto de que se remontase y promoviese la insurrección en los valles, á la vez de reunir elementos de movilidad de que carecía (7 de diciembre). Parece también que su objeto era abrir comunicaciones con la división de Lanza, y en efecto se dirigió oficialmente por esta vía, haciéndole saber su presencia sobre las costas, pero sin darle instrucción alguna respecto de ulteriores operaciones combinadas (15).

El 3 de diciembre hallábase reunido todo el convoy de la expedición en el puerto de Arica. Desde este momento todos los movimientos del general en jefe independiente, empiezan á resentirse de vacilación y lentitud. Parece que la responsabilidad le pesaba y que no encontraba dentro de sí mismo inspiraciones para dar impulso á la empresa que le estaba encomendada, en que la actividad y la resolución era la prime-

(15) Ofi. de Alvarado al coronel Lanza, de 9 de diciembre de 1822. M. S. (Papeles de Alvarado en Arch. del Dr. J. A. Carranza).— Paz Soldán, en su « Hist. del Perú Indep. », dice que Alvarado llegó á Iquique el 11 de diciembre, en lo que está equivocado. El mismo Alvarado, en carta á San Martín de 18 de diciembre de 1822, en Arica, dice: « El 7 del actual me retiré de Iquique ». M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

ra condición de éxito. « Emprenderé bien pronto la marcha » que me indica el honor y la necesidad, decía con desmayo. » El general San Martín cargó sobre mis hombros un peso que » solo él podía soportar. La empresa me parece demasiado » penosa, y conozco debo llamar á mi favor toda la firmeza po- » sible para arrostrar tamañas dificultades. Con todo, no des- » fallece mi espíritu, y tengo una esperanza del triunfo » (16). Su primera idea fué desembarcar en Arica; pero después pensó en dirigirse más al norte, en la suposición que un ataque de flanco sería más ventajoso que uno de frente (17). El itinerario de la expedición estaba, sin embargo, trazado histórica y geográficamente. Conocemos ya la comarca que iba á ser el teatro de la guerra, donde Miller en la primera campaña á puertos intermedios, había ejecutado con tan pequeñas fuerzas operaciones tan notables, eficazmente auxiliado por los recursos del país y la decisión de sus habitantes por la causa de la independencia (véase cap. XXXI, § III y IV). Con un ejército muy superior al que el enemigo podía presentarle, Alvarado permaneció durante tres semanas en inacción en Arica, sin decidirse á tomar un partido. Llamó á Miller para aconsejarse, quien le manifestó francamente, que « estan-

(16) Carta de Alvarado á San Martín de 17 de diciembre de 1822. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(17) « El enemigo ha estorbado menos de lo que pensé, en mis correrías. Con ellas me he hecho de algunos elementos que favorecen mi próximo movimiento, que pienso sea reembarcando mi infantería hasta la Calera de la Quiaca, cuyo movimiento seguirá por tierra la caballería, con el doble objeto de incorporármeme en Sama entre una y otra de las posiciones enemigas (Tacna y Moquegua), pues el ataque que pudiera yo emprender de frente sería eludido con facilidad, y perdería sin duda muchos hombres, si el enemigo dueño de las posiciones que le presta el terreno, se defendiese, y por la travesía de 14 leguas que nos divide (de Arica á Tacna) que con mil dificultades podrían superarse por nuestros soldados ». (Carta de Alvarado á San Martín de 18 de diciembre de 1822, en Arica. (Arch. San Martín, vol. LVII) M. S.

» do esparcidas en puntos tan distantes las divisiones del
 » enemigo, y siendo tan favorable la posición de los patriotas,
 » cualquier plan que se adoptase sería bueno, con tal de que se
 » tomase la ofensiva, sin perder tiempo, ya con dirección á
 » Arequipa, ya sobre la Paz ó Potosí » (18). El general convino
 en todo ; pero luego encomendó á Miller una diversión más al
 norte, con 120 hombres, con el objeto de llamar la atención
 del enemigo por el flanco izquierdo (19).

El general Alvarado, ha disculpado su inacción por la falta
 de elementos de movilidad, á causa de haberlos retirado con
 anticipación el enemigo, y porque de los 700 caballos condu-
 cidos desde Chile, sólo 400 llegaron, con retardo y en muy mal
 estado (20). La explicación podría ser atendible, si después de
 los dos meses perdidos en la navegación, las tres semanas de
 inacción no hubiesen sido de vida ó muerte. En la ofensiva
 estaba la victoria probable. En la detención, por cualquier
 causa que fuese, estaba la derrota segura. No había que tre-
 pidar. Con caballos ó sin ellos, debía abrirse la campaña.
 Cuando se recuerda el desembarco de San Martín en Huacho,

(18) Miller : « Memorias », t. II, pág. 13.

(19) En este punto están hasta cierto punto contestes las Memorias de
 Miller y Alvarado, y lo confirma la « Contestación » del general Enrique
 Martínez á las « Memorias » de Miller.

(20) Alvarado : « Mem. hist. biog. » cit. M. S. — Sin embargo, como
 se ha visto en nota anterior, el mismo Alvarado en carta confiden-
 cial á San Martín le decía, que « el enemigo había estorbado menos de
 » lo que pensaba sus correrías para hacerse de elementos de movili-
 » dad », y esto cuando aún trepidaba entre dirigirse directamente á
 Tacna ó más al norte. — San Martín tenía como corresponsal un
 peruano conocedor del país, llamado Bernardo Landa — del mismo ape-
 llido del famoso vaqueano de Miller en la anterior expedición de Miller á
 intermedios, — quien le decía en carta de 22 de diciembre de 1822 : « No
 » juzgué encontrar tantos auxilios como se han hallado en este punto.
 » Apenas asomaron los buques, empezaron á venir mulas, caballos ; an-
 » tes que llegasen los de Chile, ya se habían montado 200 hombres.
 » Mulas, se han presentado de 900 á 1,000, más que menos, traídas
 » por los dueños que las tenían escondidas ». M. S. (Arch. San Martín,
 vol. LVII.)

con sólo 3,500 hombres, al frente de un ejército enemigo dos
 veces superior en número, para ir á tomar la línea de Huau-
 ra con sólo 25 caballos, vése que lo que faltaba no eran
 elementos de movilidad, sino una cabeza y una voluntad firme
 que diese impulso vigoroso á las operaciones ofensivas (véa-
 se cap. XXVII, § V).

Las divisiones españolas posesionadas de la sierra, se
 hallaban diseminadas, — según antes se apuntó, — en una ex-
 tensa línea de más de 2,000 kilómetros, desde Pasco hasta
 Potosí. El grueso de su ejército, al mando de Canterac, fuerte
 como de 5,000 hombres, hallábase situado en la sierra del cen-
 tro desde Jauja hasta Huancayo. Arequipa estaba débilmente
 guarnecida por el general Santos La Hera, según queda dicho.
 El virrey estaba en el Cuzco con una pequeña guarnición. La
 reserva, que no pasaba de mil hombres, estaba en Puno al
 mando de Carratalá. Valdés con su división se hallaba en La
 Paz, ocupado en la pacificación del sud del Desaguadero, des-
 pués de haber obligado á Lanza á replegarse á las inaccesibles
 montañas de Ayopaya. Olañeta estaba en Potosí con poco
 más de 2,000 hombres. Pisco y el valle de Ica estaban defen-
 didos por una pequeña división al mando de Rodil. Todos los
 puntos intermedios desde Quilca hasta Iquique, estaban tan
 sólo ocupados por algunos destacamentos de mera observación.
 Entre las divisiones mediaban centenares de kilómetros, de
 caminos escabrosos y desiertos al través de la montaña. Se
 necesitaba un mes por lo menos para reunir un ejército respec-
 table en el punto de ataque. Para todo dió tiempo la lentitud
 con que se desarrolló la expedición á puertos intermedios y la
 inacción de ella en Arica.

Al anuncio de la invasión, el virrey dispuso que una parte
 del ejército de Jauja, se reconcentrase en el Cuzco, dejando el
 valle cubierto con el resto, y que Carratalá avanzase á su frente
 para cubrir la posición de Arequipa, permaneciendo á la
 expectativa hasta que los independientes señalaran decidida-

mente su plan de internación á la sierra. Ordenó á Olañeta que con el grueso de su fuerza marchase sobre la costa por las altiplanicies del Alto Perú en dirección á los valles de Azapa y Tarapacá. Dispuso que Valdés con su división, acudiera á marchas forzadas á cubrir Arequipa, como el punto céntrico que debía recibir el primer ataque y avanzara sobre las vertientes occidentales de la cordillera en observación de los invasores. Canterac se movió en consecuencia de Huanca-yo con dos batallones y cuatro escuadrones que sumaban 2,400 hombres, dejando otros tantos en Jauja á cargo de Loriga. Valdés, poniendo alas en los pies de sus ágiles soldados serranos, fué el primero que se presentó á cubrir el punto amenazado. Cuando las primeras velas de la expedición se avistaron en Arica, ya el activo general español coronaba las alturas de Moquegua en la sierra con 1,750 infantes, 750 hombres de caballería y 4 piezas de artillería. A pesar de la relativa inferioridad numérica, resolvióse á disputar el terreno, fiado en lo fuerte de sus posiciones, — que conocía bien, — y en el apoyo del ejército de Canterac que avanzaba á marchas forzadas en su sostén.

IV

La primera señal de vida que dió el general invasor, fué la ocupación de Tacna, por el regimiento Río de la Plata y los Granaderos á caballo de los Andes, con 4 piezas de artillería (24 de diciembre). Ocho días después (1.º de enero de 1823), esta vanguardia destacada á 72 kilómetros de la reserva, con un desierto intermedio, era reforzada con los batallones núm. 5 de Chile y núm. 11 de los Andes, á órdenes del general Enrique Martínez, segundo jefe del ejército. En el mismo día, señalóse la presencia del enemigo en Calana, á diez kilómetros

al N. E. Era el general Valdés, que suponiendo que la fuerza allí situada no pasaba de mil hombres, había pensado sorprenderla con 400 infantes montados en mula, 400 hombres de caballería y 2 piezas de artillería. Con tal intento habíase movido desde Sama en la tarde del 31, al través de un árido arenal de 50 kilómetros sin agua. Extraviado por los guías en la oscuridad de la noche, al amanecer del día siguiente (1.º de enero de 1823) no estaba á la vista de Tacna. Viendo que la sorpresa no era ya posible, inclinóse sobre su izquierda, y acampó en Calana, sitio abundante en agua y forrajes, á 17 kilómetros de la ciudad. Su situación era peligrosísima. No podía desandar el camino hecho (que sólo es transitable en la noche) sin exponer su tropa á perecer en la travesía. Sus cabalgaduras estaban fatigadísimas por una rápida y penosa marcha de doce horas. La fuerza de que disponía no alcanzaba ni á la mitad de la que tenía á su frente.

El general Enrique Martínez se hallaba á 10 kilómetros de Tacna con los batallones 4.º de Chile y núm. 11 de los Andes al amanecer del día 1.º, después de una marcha de 50 kilómetros al través de otro arenal. Señalada la presencia del enemigo en Calana, dispuso que la fuerza que ocupaba la ciudad (1,200 hombres), eligiese una buena posición y esperase su incorporación. Á las 11 de la mañana recibió parte de que los realistas avanzaban en son de ataque. Adelantóse personalmente para reconocer el campo. El enemigo ocupaba el camino que conduce á la cordillera, parapetado por su izquierda con zanjas y tapias, y una altura sobre su derecha. Parecía dispuesto á la pelea. Era un ardid de Valdés, que considerándose perdido, — como lo confesó después, — hacía cara fea al enemigo, para ganar tiempo y salvarse. Martínez no se decidió á atacarlo. Limitóse á hacer observar sus movimientos con un batallón del Río de la Plata, y el regimiento de granaderos á caballo, á la espera del resto de su fuerza. Á la una del día estaba reunida toda la vanguardia argentino-